

—Eso depende de mi esposa,—respondió Sergio con mucha frialdad, y se marchó.

Pude observar que parecía más agitado que de costumbre. y esto me apenó y no di ninguna contestación á mi prima. En cuanto ésta se marchó fuíme en busca de mi marido, al que encontré paseando por la habitación. y dando vueltas en todos sentidos. No me vió ni me oyó porque entré andando de puntillas. «A la cuenta se acuerda de su querida casa de Nikolski»,—me dije contemplándole, «y se figura en su imaginación el café de la mañana en el salón inundado de luz, sus campos, sus mozos de labranza y la velada en el saloncito seguida de la cena. Daría todos los bailes del universo, añadí decididamente, y todos los elogios de los príncipes del mundo por volver á recobrar su animación y dulces caricias.» Quería decirle que no pensaba asistir á aquel té y que no tenía deseos de semejante casa, cuando de pronto se volvió. Al verme frunció el entrecejo y la mirada de agradable ensimismamiento que tonía cambió de repente y por comple-

to. De nuevo aparecieron en su rostro las huellas de una sagacidad llena de penetración y una tranquilidad protectora. No quería que se viese en él la sencilla naturaleza humana, sino que quería seguir siendo para mí el semi-diós sobre su pedestal.

—¿Qué tienes, amiga mía?—me preguntó volviéndose negligentemente y con mucha calma hacia mí.

No respondí porque me dominaba el despecho al ver que se ocultaba de mí y que no quería presentarse á mis ojos tal cual le amaba.

—¿Quieres ir el sábado á ese té?—me preguntó.

—Tenía deseos de ir, pero aún no es cosa convenida, y además, todo está ya recogido,—añadí.

Nunca me había mirado ni hablado con tanta frialdad.

—No marcharé antes del martes y mandaré que abran los equipajes,—dijo;—y por consiguiente, no nos iremos hasta que tú lo dispon-

gas. Hazme el favor de ir á ese té. En cuanto á mí, no emprenderé el viaje.

Lo mismo que siempre que le dominaba algún pensamiento que le agitaba, paseábase por la habitación con paso desigual y sin mirarme.

—Decididamente no te comprendo,—le dije saliéndole al paso y siguiéndole con la mirada.—¿A qué viene que me hables de un modo tan extraño? Estoy pronta á sacrificarte ese placer, y tú, con una ironía que jamás empleaste conmigo, me dices que vaya.

—Está bien. ¿Es decir que entonces *te sacrificas* y recalcó con fuerza estas palabras,— y yo también me sacrifico; ¿para qué más? Cambate de generosidad. He ahí una cosa á la que espero se la podrá dar el nombre de felicidad en familia.

Era aquella la primera vez que oía salir de su boca palabras tan duras y tan burlonas. Su burla no me alcanzó y su dureza no me asustó, pero fueron contagiosas para mí. ¿Era efectivamente él, siempre enemigo de emplear

ciertas frases en nuestras relaciones íntimas y siempre tan franco y tan sencillo, el que se expresaba de aquella manera? ¿Y por qué? Precisamente porque había querido yo sacrificarme á su cariño, más allá del cual no podía ver nada más, porque hasta en aquel momento y ante aquel pensamiento comprendí cuánto le amaba. Nuestros papeles estaban cambiados y era él el que abandonó toda franqueza y sencillez, y yo quien las había buscado.

—Estás muy cambiado,—le dije suspirando.—¿Se puede saber de qué soy culpable á tus ojos? No es mi ida á este té lo que hace que te pongas así conmigo; es algún pecado más antiguo. ¿A qué conduce el no hablar con toda sinceridad? Antes no temías emplear la franqueza conmigo. Hablemos claros. ¿Qué tienes que decir en contra mía?

No me importa lo que puede decirme, pensé para mis adentros, con secreta satisfacción, puesto que no puede, en lo que hice este invierno, reprocharme nada. Y me fui á colocar

en el centro del salón para que tuviese que pasar por mi lado y lo miré, pensando que se acercaría á mí, me besaría y así concluiría todo. Esta fué la idea que se me ocurrió, y hasta, lo confieso, se me hacía un poco cuesta arriba el no tener que demostrarle que estaba en un error; pero se detuvo en un extremo del salón y mirándome, me dijo:

—¡Qué! ¿No lo comprendes?

—No.

—Y sin embargo, ¿cómo decírtelo? Me horroriza lo que por primera vez me pasa, sí, me da horror; y lo peor es, que no puedo por menos de experimentarlo.

Y se calló, asustándole quizás á él mismo la ruda entonación que iba adquiriendo su voz.

—¿Qué es lo que quieres decir?—le pregunté al mismo tiempo que lágrimas de indignación empañaban mis ojos.

—Me asusta y horroriza la idea de que, habiéndote encontrado muy linda el príncipe, se te haya ocurrido, á pesar de eso mismo, y ol-

vidando á tu marido y lo que te debes á tí misma y á tu dignidad de mujer, el que quieras ir á su encuentro y que no comprendas lo que tu marido debe sentir en tu lugar, puesto que tú no tienes ese sentimiento de dignidad. Lejos de ser así, acabas de manifestar á tu marido que quieres *sacrificarte*, lo que equivale á decir: «Consideraría como una felicidad muy grande el agradar á su alteza, pero hago el *sacrificio* de renunciar á ello.»

Cuanto más hablaba, más se enardecía con el sonido mismo de su propia voz, y esta resonaba mordaz, dura, violenta. No le había visto nunca de aquella manera, ni me figuré que se pudiese poner así. Se me agolpó la sangre al corazón y tuve miedo; empero, al mismo tiempo contribuyeron á trastornarme el sentimiento de una ignominia inmerecida y de un amor propio ofendido, y casi habría tenido deseos de vengarme de él.

—Hace mucho tiempo que esperaba ese estallido,—dije.—Habla pues.

—No sé lo que esperabas,—siguió diciendo

Sergio,—pero yo podía esperar que sucediesen cosas aún mucho peores, viéndote todos los días encenagarte en ese fango, en esa ociosidad y en ese lujo de esa estúpida sociedad, y esperaba... Sí, confiaba en que sucedería lo que me cubre de vergüenza y me hace sufrir un dolor como jamás pasé por ellos. Sí, sentí vergüenza por mí mismo cuando tu amiga, revolviendo en mi corazón con sus manos llenas de cieno, tuvo el valor de hablar de mis celos ¡mis celos! ¿Y de quién? De un hombre al que ni tú ni yo conocemos! Y tú, como si lo hicieses á propósito, no quieres comprenderme y deseas sacrificarlo en mi obsequio. ¿A quién? ¡Gran Dios! ¡Qué vergüenza para tí! ¡Qué vergüenza por tu rebajamiento! ¡Y dices que esto es un sacrificio!—repitió.

«Ahí tenéis lo que es la autoridad de un marido», pensé; «ofender y humillar á su mujer cuando ésta no es culpable de nada absolutamente en este mundo. He ahí en lo que consisten los derechos de un marido, pero jamás me someteré á eso.»

—No, no te sacrifico nada,—repliqué en alta voz después de haber hecho esas reflexiones, sintiendo que se me dilataban las narices, y que la sangre dejaba de colorear mi rostro. —Sí, sí, el sábado iré á ese té, ya lo creo que iré.

—Y que Dios haga que te diviertas mucho; mas ten presente que entre nosotros todo ha concluído,—exclamó Sergio dejándose llevar por un acceso de ira que no pudo contener.—Al menos así no me martirizarás más. Fui un loco que...

Temblábanle los labios é hizo un esfuerzo muy visible para contenerse y no acabar lo que había empezado á decir. En aquellos momentos le temía y le odiaba, y habría querido decirle muchísimas cosas y vengarme de todas sus injurias; pero tenía la seguridad de que si llegaba á abrir la boca, no habría podido contener mis lágrimas, y comprometido mi dignidad en su presencia. Salíme silenciosamente de la habitación, más apenas dejé de oír sus pasos, cuando de pronto me quedé so-

brecogida de terror al pensar en lo que habíamos hecho pareciéndome una cosa tremenda el que, tal vez para toda la vida, quedase destruida la unión que constituía mi felicidad y quise retroceder. ¿Habriase tranquilizado lo suficiente para comprenderme, cuando le tendiese la mano sin decirle ni una palabra y le mirase? ¿Se daría cuenta de mi generosidad? ¿Calificaría mi sincero dolor de disimulo? ¿O bien en recompensa á mi rectitud me acogería por lo que quizás llamara mi arrepentimiento? ¿No me concedería el perdón con una orgullosa tranquilidad? ¿Y por qué Sergio, al que yo había amado tanto, me ofendió de un modo tan cruel?

No volví á su cuarto, sino que me encerré en el mío, en el que permanecí mucho tiempo á solas y llorando, acordándome con terror de todas y de cada una de las palabras de nuestra postrera entrevista, sustituyendo con el pensamiento otras palabras, añadiendo otras palabras, añadiendo otras mejores para acordarme después otra vez, y con terror, al que

se unía el sentimiento de mi ultraje, de todo lo ocurrido. Cuando por la noche estábamos tomando té, y en presencia de C, que se encontraba en casa, me hallé al lado mi marido, comprendí que desde aquel día se había abierto entre nosotros un abismo profundo. C*** me preguntó cuando emprenderíamos el viaje y no tuve tiempo para responderle.

—El martes,—contestó mi marido,—tenemos que ir al té que da la condesa de R***.— ¿Verdad que irás?—añadió encarándose conmigo.

Me asustó la entonación de aquella voz; sin embargo, parecía tan tranquila como de ordinario, y miré tímidamente á mi marido. Las miradas de éste se fijaban en mi rostro y estaban impregnadas de malicia y de ironía y su acento era mesurado y frío.

—Sí,—respondí.

Más tarde, aquella misma noche, cuando, nos quedamos solos, se acercó á mí y tendióme la mano.

—Perdóname,—me dijo,—todo lo que te dije antes.

Cogí aquella mano, y un intento de sonrisa contrajo mi rostro, mientras que las lágrimas pugnaban por salir de mis ojos; pero Sergio, lo mismo que si temiese alguna escena sentimental, retiró la mano y se fué á sentar á un rincón apartado. «¿Será posible que crea aún que tiene razón?» pensé; y mientras que mis labios se entreabrían con la intención de dar una explicación cordial y de pedir que no fuésemos al té.

—Hay que escribir á mi madre, avisándola que hemos aplazado nuestro regreso, porque tal vez estaría inquieta,—dijo.

—¿Y cuándo quieres que nos vayamos?—me preguntó.

—El martes despues del té.

—Confío que no será en mi obsequio,—dije mirándole á los ojos, pero los suyos se limitaron á mirarme y no me dijeron nada como arrastrados lejos de mí por una fuerza secreta. De pronto me pareció que su rostro tenía

una expresión desagradable y que estaba aviejado. Fuimos á aquella reunión, y en la apariencia nuestras relaciones habían vuelto á ser buenas y afectuosas, pero, en el fondo, eran muy diferentes del pasado.

En aquella reunión me hallaba sentada en el centro de un círculo formado por varias señoras, cuando se me acercó el príncipe, y no tuve más remedio que ponerme en pie para hablarle. Una vez levantada, busqué involuntariamente con la mirada á mi marido, y le ví que me contemplaba desde el otro extremo del salón y que después se volvía. Fué tanta la vergüenza y tan grande el dolor que experimenté, como una turbación enfermiza y sentí que la sangre se me agolpaba á la cabeza enrojeciendo mi rostro y hasta mi cuello, al verme objeto de las miradas del príncipe. No pude hacer más que permanecer allí escuchando lo que decía, al mismo tiempo que me examinaba de pies á cabeza. No fué muy larga nuestra conversacion, pues no había sitio en ninguna parte para que se pudie-

se sentar á mi lado, y además, puede que comprendiese que no estaba á gusto en su presencia. Hablamos del último baile, del sitio en que yo había pasado el verano, y al separarnos manifestó deseos de conocer á mi marido, y ví que poco después se encontraban y se ponían á hablar en un extremo del salón. El príncipe debió decir á Sergio algo referente á mí, porque observé que, sin dejar de hablar, se sonreía mirando hacia donde yo estaba. Mi marido se puso en seguida muy encarnado, saludó y fué el primero que se alejó. Enrojecí también y me avergonzó la idea que podía haber concebido el príncipe de mí, y sobre todo de mi marido.

Se me figuró que todos se habían fijado en mi timidez y embarazo mientras tanto que estuve hablando con el príncipe y fijándose además en lo que éste había dicho. Dios sabe, me dije, «cómo habrá podido interpretarlo; ¿quién sabe si, por una casualidad, se ha enterado de la discusión que tuve con mi marido?» Mi prima me acompañó á casa, y por el

camino hablamos las dos de él, y no pude por menos de contarla todo lo que había pasado entre nosotros con motivo de aquella malhadada reunión. Me tranquilizó diciéndome que era una de tantas disputillas, que son muy frecuentes, pero que no significan nada y no acarrear ninguna consecuencia, explicándome bajo su punto de vista el carácter de mi marido, al que, dijo, encontraba poco comunicativo y muy orgulloso. Estuve de acuerdo con ella, pareciéndome después de esto que comprendía mejor su carácter apreciándolo con más calma.

Más tarde, tan pronto como me hallé á solas con mi marido, se me figuró que era un verdadero crimen aquel juicio que hiciera acerca de su carácter y me pesó en la conciencia como tal. Comprendí también entonces que el abismo que se había abierto entre nosotros se iba ensanchando y profundizando cada vez más. A partir de ese día, nuestra vida y nuestras relaciones recíprocas

sufrieron un cambio completo, y los momentos que pasábamos á solas no me parecían tan agradables como antes. Eran muchas las cuestiones de que no queríamos tratar, y nos era mucho más fácil hablar en presencia de un tercero que cuando estábamos á solas frente á frente. En cuanto la conversación aludía en lo más mínimo, sea á la vida del campo, sea á un baile, dijérase que ante nuestros ojos se elevaban unos fuegos fatuos con fantástica danza, y hasta nos causaba cierto embarazo el mirarnos. Dijérase que comprendíamos ambos hasta qué punto nos separaba un abismo y que, además, temíamos aproximarnos. Estaba persuadida de que era un orgulloso y arrebatado, y que me era necesario mostrar gran circunspección para no tropezar con sus debilidades. Y él, por su parte, tenía la convicción de que yo no podía vivir lejos de la vida bulliciosa de la alta sociedad, y que la vida del campo no me convenía y que era preciso resignarse á un gusto tan detestable. De este modo evitábamos, cada uno por nuestra

parte, toda conversación que, de cerca ó de lejos, hiciese referencia á esos temas, y nos juzgábamos falsamente. Hacía mucho tiempo que, á nuestros propios ojos, habíamos dejado de ser el uno para el otro los seres más perfectos de este mundo, y empezábamos á hacer comparaciones recíprocas con cuantos nos rodeaban y secretas apreciaciones acerca de nuestros caracteres.